

Real Academia de Bellas Artes de Granada

DISCURSO

LEÍDO EN LA RECEPCIÓN ACADÉMICA DEL

Muy Ilustre Sr. D. Francisco Caverero Tormo

Deán de la Santa Iglesia Catedral de Granada

y

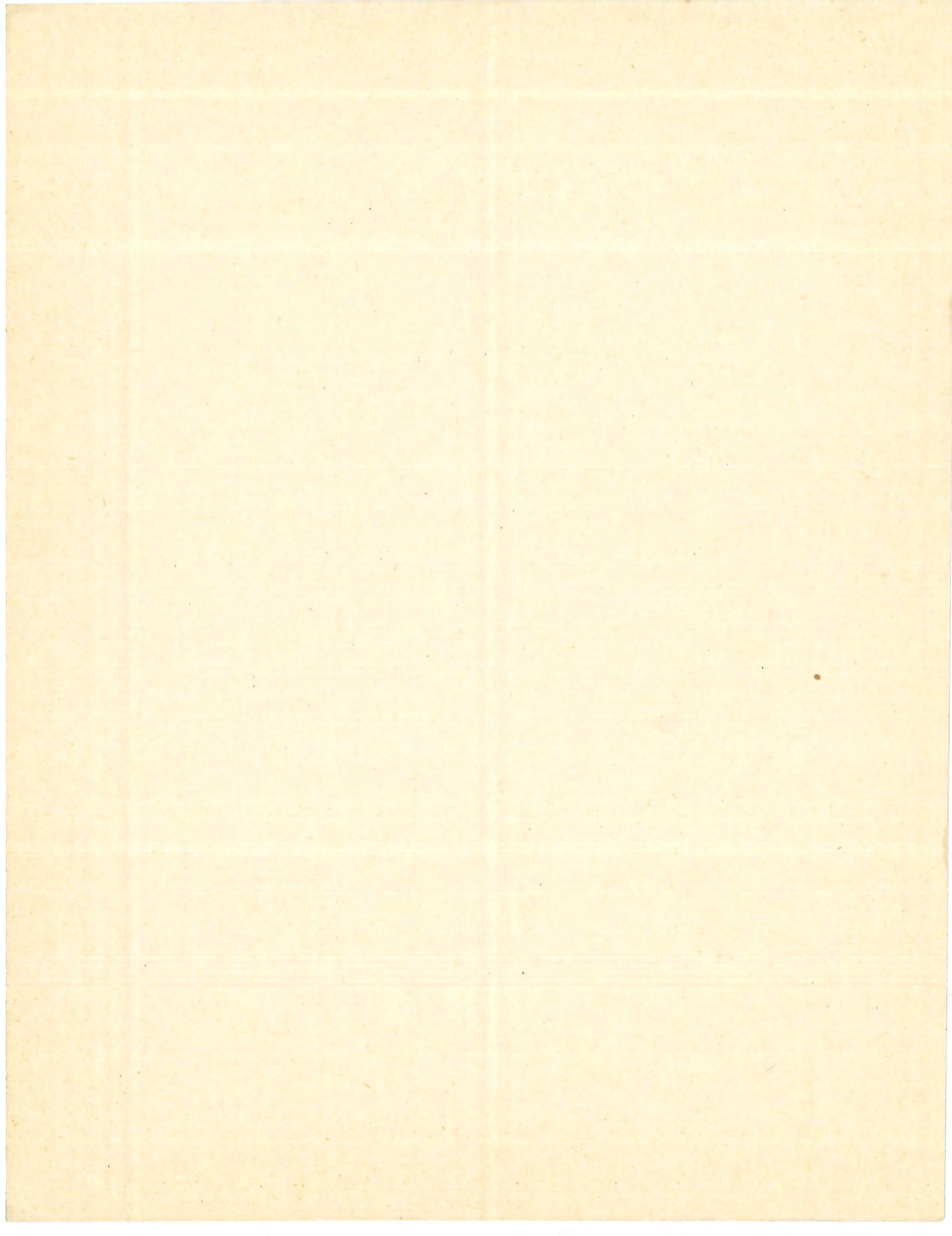
CONTESTACIÓN DEL

Ilustrísimo Sr. D. Antonio Marín Ocete

Rector de la Universidad de Granada



GRANADA
Jesús Guevara
1938
II Año Triunfal



Real Academia de Bellas Artes de Granada

DISCURSO

LEÍDO EN LA RECEPCIÓN ACADÉMICA DEL

Muy Ilustre Sr. D. Francisco Caverero Tormo

Deán de la Santa Iglesia Catedral de Granada

Y

CONTESTACIÓN DEL

Ilustrísimo Sr. D. Antonio Marín Ocete

Rector de la Universidad de Granada



GRANADA
Jesús Guevara
1938
II Año Triunfal

Discurso de D. Francisco Caverio Tormo

NIHIL OBSTAT
Censor
Dr. Julius Ruiz Molina

Discurso de D. Francisco Cervero Torro

IMPRIMI POTEST
Agustinus, Arch. Granaten.
De Excmi. ac Revmi. Dni. mei mandato
Lic. Lucillus P. Abril
Can. — a Secretis

J. H. S.

Ha querido la Providencia, sirviéndose de vuestros designios, Sres. Académicos, que sea un momento transcendentamente histórico cuando me habeis concedido el honor de señalarme un puesto entre vosotros. La hora de nuestro renacer patrio. La hora que va a marcar en Europa y en el mundo por el esfuerzo de España ruta libre y gloriosa a una civilización que no debía, que no podía morir al golpe despiadado de la barbarie marxista. Y cuando el salvajismo al amparo de los mandos demagógicos ha hecho tabla rasa del tesoro artístico nacional, que era exponente luminoso de los mejores prestigios de una raza de privilegio, habeis puesto la mirada en la insignificancia de mi pequeñez para confundirme otorgándome un honor que no merezco y para requerir la aportación de mis esfuerzos a la obra de custodia y fomento de valores preciadísimos, con que esta provincia ha de concurrir a la nueva España, que se forja en la fragua de los sacrificios.

Me costaría, sin embargo, agradecer el honor, si mirara solamente a mi persona. El honor viene de fuera, pero supone una base por parte de quien le recibe. Y cuando esta falta, el honor tributado más humilla que enaltece.

Pero el hábito santo que visto, os dá derecho a exigirme prestaciones, por costosas que ellas sean, al resurgimiento de la patria, cuyo resurgimiento no sería integral, si le faltaran los alientos de la Religión, educadora de pueblos e inspiradora de artistas. Es esto sin duda lo que pretendéis de mí; y para un

sacerdote es siempre honor máximo batir los espacios con los brazos de la Cruz e inyectar en las organizaciones el suero sobrenatural del Catolicismo. Me honrais a mí porque quereis honrar a la Iglesia. Y esto si es razón para que al tomar hoy asiento en vuestra Academia, os rinda por ello las debidas gracias.

Sería de mi parte osadía incalificable iniciar siquiera cualquiera de los temas básicos de contenido artístico, que parecerían indicados para la ocasión presente. Yo a fuer de sincero he de empezar por reconocer que nada os puedo enseñar y en cambio tengo mucho que aprender de vosotros. Pero un precepto reglamentario me obliga a dirigiros la palabra, y me propongo hacerlo tan solo para compartir con vosotros algunas apreciaciones más acerca de lo que yo llamaría *Filosofía del Arte*.

No es el Arte, ni puede serlo, un culto a la belleza desprovisto de contenido real y de valor positivo para los destinos del hombre. Sería esto encuadrarlo dentro de la concepción kantiana y situarlo en el laberinto impracticable del idealismo confusionista. El Doctor Angélico, que tuvo alma de santo, inteligencia de sabio y corazón de artista, nos legó un estudio sugestivo de la belleza, que encuadraba su cultivo en un marco de realidades con contornos de alto control espiritualista, y plasmaba en cánones compendiosos y categóricos su concepción del arte, haciéndolo consistir en la justa medida de las obras a que damos subsistencia fuera de nosotros mismos. «*Recta ratio factibilium*». (1.^a 2.^{ae}, q. LVII, a. 4). «Congruencia de las partes con cierta suavidad de colorido», que antes había dicho San Agustín hablando de la belleza. (Epist. 3 ad Nebrid, n. 4).

No temáis que pretenda llevaros por arideces de especulaciones metafísicas, que rindan el entendimiento y pongan hastio en el corazón. Va a ser no más que un destello rapidísimo, pero que juzgo preciso para asentar las bases imprescindibles de una doctrina, que en verdad constituye la apología del arte como valor positivo ante los intereses humanos. Me refiero al pensamiento de Santo Tomás de Aquino, cuando exige la convergencia de tres elementos para la constitución de la belleza. Integridad de la obra es el primero. Comprenderéis que no puede ser bello un objeto mutilado. Proporcionalidad en las partes es otro elemento, que precisa sumar al anterior. La desproporción produce el monstruo, que es cabalmente la antítesis de la belleza. Y el tercer elemento que reclama el Doctor de Aquino es el esplendor de la claridad; «la suavidad del colorido», que hacía notar San Agustín. Y es que la belleza entraña orden a nuestra percepción, que ha de solazarse al contemplarla. Luz necesitan nuestras facultades cognoscitivas para sus operaciones. Es su ambiente. Es su medio. Como lo es el agua para la vida del pez. Como lo es el oxígeno para las funciones de la respiración. Esta concepción del Doctor Angélico es el pedestal más honroso, que ha podido constituirse para la exaltación del arte.

Cuando el continuo contraste, que el intercambio de las ideas causa en el mundo, os haya lastimado vuestra sensibilidad de artistas al enfrentaros con criterios deformados por el utilitarismo, que ante la suntuosidad de un monumento o los atractivos de un panorama que les entorpece el crecimiento de sus negocios se muestran incomprensivos de los intereses de arte, y lejos de madurar vuestras observaciones, se encogen de hombros como quien no alcanza a entender que pueda atraer vuestra atención el trazado de una línea o el fondo de una perspectiva, acaso haya surgido de vuestras almas un movimiento

de indignación, mitad desprecio, mitad compasión, ante la pobreza de esas inteligencias materializadas, incapaces de percibir los encantos de lo bello. Y sin embargo, esta sería la única posición razonable, admitidas que hubieran sido las ideas estéticas de Kant. Si como su escuela proclama, el Arte no tuviera contenido real, vosotros seríais unos ilusos y el hombre positivista, que solo mira al negocio, resultaría un paladín esforzado en la defensa de los intereses de la civilización. Por eso Santo Tomás de Aquino con su teoría de la belleza salvaguardó el Arte y lo defendió de los atentados vandálicos del idealismo filosófico.

Bien haceis, señores Académicos, en quebrar lanzas con tesón y entusiasmo en defensa de esta Dulcinea de vuestros ensueños, que aventaja en beldad a la del hidalgo de nuestra leyenda cuanto aventaja la realidad a la ficción, si bien esta se atavíe con las mejores galas de las buenas letras. Mientras el arte tenga el fondo real que representa la integridad y proporción de sus producciones no puede ser ajeno a los intereses positivos del mundo; y mientras necesite suavidad de colorido para dejar en el alma la impresión de la belleza, no puede ser ajeno a los intereses del hombre. Es la nota que controla su valor. Porque tiene un fondo de realidad, imprime su huella en la historia de los pueblos. Porque sus contornos son de espiritualidad, que impone y marca la suavidad de su colorido, es exponente de la cultura del hombre, que lo es más por el espíritu que le anima que por la materia que siempre le humilla y no pocas veces le degrada.

Y acabo de indicaros un nuevo venero de valores positivos que encierra el Arte. Su influencia como exponente del progreso humano.

Esos tres elementos integrantes de la belleza hablan muy alto a favor de los prestigios del Arte y de su valor en la estima del hombre, cuando debidamente actúa guiado por criterios objetivos. Pero deja todavía un margen inmenso a las particularidades que constituyen la fisonomía de los pueblos y de las épocas. Hay en esto un perfecto paralelismo con la fisonomía humana. Todos tenemos los mismos rasgos en nuestros semblantes, pero tan variadamente combinados que no hay dos semblantes iguales, y aún el mismo individuo transforma incessantemente su propia fisonomía, que ofrece en su juventud rasgos distintos de los de su niñez, y luego se cambiarán por los de la edad madura y que a su vez cederán su puesto a las huellas que el tiempo imprime cuando el hombre alcanza los prestigios de la ancianidad. Así es el Arte. Respeta siempre las notas constitutivas de la belleza, pero cada pueblo le imprime sus peculiares influencias y aún una misma raza les marca diversas modalidades en las distintas épocas de su evolución. De aquí el valor histórico que el Arte representa. La evolución de una raza no puede conocerse integralmente sin estudiar sus monumentos y sus museos. Como el idioma es exponente de la psicología de las razas, lo es igualmente el Arte. El idioma indica como un pueblo piensa. El arte manifiesta como ese pueblo siente.

Si yo hubiera de aportar aquí un argumento que corroborase esta apreciación mía, os ofrecería uno peregrino ciertamente porque no es seguro el plano de su emplazamiento; pero precisamente por esto resulta eficiente y valioso, aunque ello tenga todas las características de la paradoja. Y es que si aún pisando terreno minado no se derrumba el pedestal desde el que hace sentir el Arte su influencia en la evolución de los pueblos, convendréis conmigo en que la marca con huellas tan firmes en la historia de la civilización que adquiere en ella todos los prestigios de un valor positivo insustituible. Aún lo que parecería

subjetivo en el Arte acaba por imponerse como algo que pesa mucho en el aprecio de los intereses que representan para el hombre avances estimables por las rutas luminosas del progreso.

Y puntualizada así la eficacia que pretendo dar a la prueba con que me propongo corroborar mi afirmación, paso a ofrecer un ligerísimo apunte o esbozo de crítica acerca del criterio con que Jove-Llanos en su «Elogio de D. Ventura Rodríguez», estudia la génesis del estilo ojival. Sobre ella, y sin suscribir el criterio que la preside, voy a intentar la trama de un argumento del que surja triunfadora la influencia del Arte en la historia de la civilización.

Para Jove-Llanos la arquitectura ojival es una derivación de las escuelas arquitectónicas de Oriente, llegada a Occidente por el intermedio de las Cruzadas. En las columnas góticas aprecia la influencia bizantina. El arco apuntado es en su sentir un retoño de la arquitectura egipcia. Los monumentos árabes estima que dejaron su huella en los calados de los ventanales y en las labores de lazos y nudos con que se ornamenta el estilo gótico. ¿Cómo explicar esta influencia de las escuelas del Oriente en el arte de Occidente?..... Jove Llanos encuentra la clave en las Cruzadas. Aquellos expedicionarios habían admirado los encantos de las arquitecturas griega, egipcia y árabe; sus detalles habían dejado huella en sus imaginaciones; y cuando retornaron a Europa y llegó el momento de que ingenieros y arquitectos plasmaran sobre la roca el sentimiento estético que palpataba en sus almas, trataron de copiar en sus producciones los motivos de belleza que les habían cautivado camino de Tierra Santa.

La simultaneidad de estos dos hechos, las Cruzadas y la aparición del estilo ojival, extraviaron la crítica de Jove-Llanos y le llevaron a enlazar en ellos mundos tan lejanos como

Oriente y Occidente. Hubiera pensado en la natural evolución de las formas románicas regionales y en la labor de propaganda que de los procedimientos de Borgoña hicieron los monjes cisterciense y clunyacenses, y sin acudir a buscar enlaces para influencias y derivaciones lejanas, en las propias comarcas de Occidente acaso hubiera encontrado la génesis de aquel estilo, que tanto admiraba y que con tan celebrada galanura acertó a describir. Pero no obstante su desviación, se destaca en ella—y era esto cabalmente lo que yo me proponía deducir—como el arte se hace característico de cada pueblo, y relacionada la producción artística de las diversas regiones, deja en la historia de la humanidad bien marcada y definida la trayectoria de su progreso y evolución. Bien hizo Jove-Llanos en relacionar, pero no era necesario ir tan lejos para encontrar los fundamentos de sus derivaciones. Es en este punto tan eficiente el valor del Arte que le hace flotar aún entre bajios que amenazan peligros de naufragio. Y en esto veía yo precisamente la fuerza de mi argumento. Que subsista una fábrica de edificación levantada sobre cimiento firme es cosa que a nadie extraña. Es lógico que así sea. Pero que la fábrica se mantenga cuando el cimiento falla es algo que dice mucho a favor de las proporciones y de la trabazón con que fué hábilmente construída. Por eso en mi sentir Jove-Llanos ha dado el argumento cumbre a favor de la evolución artística como fuente de investigación histórica. A remate de cuentas lo que pasa con los errores de los grandes hombres. No dejan de ser fecundos porque, aún en sus equivocaciones, palpita la recia complexión del entendimiento procer, que les dió la vida.

Y si tanto cabe decir de la belleza sensible, calcúlese hasta donde alcanzará el valor de la belleza espiritual, que dice ordenación directa a la percepción del alma por la que el hombre se asemeja a los ángeles del cielo. Allí la luz no tiene eclipses, la integridad no sufre asaltos de división, la proporcionalidad se

lo gradua por sutilezas delicadísimas que son el alateo imperceptible del sentimiento y de la idea. Es la pulcritud de la belleza, que impone al arte los supremos avances en la ininterrumpida marcha del progreso por los caminos de la civilización.

Y de propósito he dejado para el final—quiero que os sea grata la última impresión de mi discurso—el tributo de homenaje rendido a la memoria de mi antecesor en este puesto de la Academia D. Carlos Moreu Gisbert. Tributo rendido digo, porque no se trata de un elogio protocolario sin interés y sin vida, sino de algo tan candente que cae de lleno en el marco de lo épico con las máximas tonalidades de la exaltación.

Ser hombre bueno y buen artista es mucho ciertamente en la estima de los valores, que cotiza la dignidad. Esmaltar estos prestigios con dos grandes amores, el amor a Dios y el amor a la Patria, es incomparable mucho más desde que Sócrates hizo un deber del amor a la Patria y Jesucristo proclamó el amor a Dios sobre todas las cosas como el primero y más grande de los mandamientos. Pero morir por estos ideales precisamente, víctima de un salvajismo incomprensivo que ni entiende de dignidad ni respeta los más primordiales derechos del hombre, es escalar las cumbres supremas del honor para esculpir en la historia un nombre immaculado. Y todo esto ha sido D. Carlos Moreu Gisbert.

El pincel en sus manos trazó rasgos de sensatez y de selección, que fueron recibidos con aplauso. Pero más que pintor el Sr. Moreu fué un hombre bueno, amante apasionado de Granada, de la que había hecho el hechizo de sus ensueños. Yo no sé que tiene el amor a la Patria chica que crece en razón directa de las distancias. Y allende los mares el Sr. Moreu rindió culto fervoroso a Granada, en el que puso notas del lirismo más suges-

tivo y delicado. Había llevado consigo un frasco con agua del Avellano y diríase que le tributaba veneración como a reliquia preciadísima. Tenía encargado que aquella agua sirviera para refrigerarle los labios en el trance de su agonía. No podía sospechar que la muerte le diera cita en el litoral granadino, y que no fuera el agua del Avellano en tierras de ultramar, sino la brisa del mar latino la que habría de refrigerarle en los tormentos de su martirio.

Patriota y creyente el Sr. Moreu, había entrelazado en su espíritu estos dos amores sublimes y los había plasmado en perenne y expresivo simbolismo. A la cabecera de su lecho tenía la gloriosa bandera roja y gualda, y en medio de ella el Santo Crucifijo. Este testimoniaba que aquel era el lecho de un creyente. Aquella que era el lecho de un gran patriota. Jesucristo y España: los dos grandes amores de aquel espíritu selecto.

Por Jesucristo y por España el Sr. Moreu cayó en Calahonda, víctima del marxismo en la primera etapa de la revolución actual. Muerte trágica. Muerte gloriosa. Muerte que vale por una consagración. Quienes admirarán en ella la muerte del héroe. Quienes la muerte del mártir. Acaso haya sido lo uno y lo otro.

No he tenido el honor de conocer al Sr. Moreu, No podía sospechar que vuestra dignación, Sres. Académicos, me dispensará el honor de ocupar el puesto que en esta Academia dejó vacante. Honor que a mí llega con doblados prestigios, pues al que siempre envuelve tomar asiento entre vosotros, en esta ocasión hay que añadir el de ocupar la silla destinada al que fué héroe de la patria y mártir de la fé. ¡Llor a su memorial! Y para mí nuevas prodigalidades de vuestra benevolencia, que cubra con su manto mis deficiencias como académico de esta de Bellas Artes de Granada.

FRANCISCO CAVERO

Discurso de D. Antonio Marín Ocete

Desde las aulas de San Fulgencio de Murcia—donde siguió sus estudios—hasta las iliberitanas de San Cecilio, que rectora sabiamente, ha distribuído su vida entre la gran labor de formación doctrinal y evangélica de futuros sacerdotes y el ejercicio de parroquias y arciprestazgos. Canónigo de la Santa Iglesia de Granada desde 1916, ocupa actualmente su Deanato y a sus dotes y capacidad fueron confiados, además, menesteres tan delicados como el Provisorato y la Vicaría General del Arzobispado.

Y siempre tuvo tiempo para extender su actividad a las obras sociales y benéficas, a círculos de obreros y cooperativas de Caravaca o Murcia, o a Montepíos y Hospitales como el del Clero o el de la Caridad de Cartagena.

Creyente en el gran valor espiritual del Arte y en la significación expresiva y colaboradora del religioso, participa, muy eficaz y valiosamente, en los organismos que, como la Comisión Provincial de Monumentos y la Junta de Cultura Histórica y del Tesoro Artístico, aunan los esfuerzos de la Iglesia y del Estado en la defensa de nuestros valores monumentales y en la restauración de los graves daños que la revolución les causa.

No fueron estas sólo las prendas de sus futuros trabajos en la Academia: hemos escuchado su exposición de la doctrina tomística de la belleza, empresa no fácil para entendimientos menos dotados que el del Sr. Cervera, pues—como bien sabéis—no fué Santo Tomás autor de Estética en el riguroso sentido de la palabra y aun, si se exceptúa su comentario sobre el Areopagita—o mejor, sobre el pseudo-areopagita—no trató nunca directamente ninguna cuestión de metafísica de lo bello, aunque comentaristas modernos, con excepción de Menéndez Pelayo, hayan desvirtuado las ocasionales opiniones del Santo.

Por el contrario, nuestro nuevo compañero, ha precisado con notoria claridad, y pese a aquellas circunstancias poco favorables, las conclusiones a que llegó el Santo Doctor, partiendo de su distinción entre lo honesto y lo hermoso, confundidos en filósofos anteriores, hasta el punto de enseñarse terminantemente que lo honesto era la misma cosa que lo bello y que no había criatura que no tuviese parte de lo uno y de lo otro. Distinguidos ambos valores, Santo Tomás cierra la integridad y proporción de los elementos, con aquel resplandor de la claridad que sintetiza los de la belleza y es causa del amor que ella engendra.

En los neoplatónicos—en Plotino por ejemplo—podríamos identificar ese resplandor de la claridad con la belleza misma, cuya percepción no es exclusiva de los sentidos, y hasta la podríamos reconocer en la hermosura corporal, si esta se abstrajese de la materia. Así aquel contenido real de la belleza no impide a nuestro paisano Abentofail alcanzar su verdadero *misticismo estético*, es decir su aspiración a la belleza pura con abstracción de las formas sensibles, siendo impulsado el artista, en la doctrina también neoplatónica de Ben Gabirol, por aquella inspiración que lo convierte en instrumento de la divinidad.

Y por la vía de ese neoplatonismo difuso en las escuelas árabes pasó a las cristianas esta corriente espiritual que, en alguna fracción de la escolástica, se mezcla con el elemento dialéctico, predominante en Santo Tomás, mientras en San Bernardo llega a ser maestra y guía de nuestros místicos más famosos.

Sólo al comenzar el Renacimiento, cuando Platón alcanza a disputar la hegemonía a su triunfante discípulo, se logró el armonismo platónico-aristotélico, que en la *Philografía* de León Hebreo formula la hermosura como una «gracia que deleitando

el alma, lo mueve a mar». Henos aquí, al cabo de los siglos, frente a aquel esplendor de la claridad con que Santo Tomás abrazaba los integrantes de la belleza.

Y cuando a principios del siglo XVI las grandes disputas alrededor de la escolástica y las críticas acerbas sobre su prostración y decaimiento condujeron a los días gloriosos de Vitoria, Cano o Soto, los textos tomísticos se estudian y se elaboran y entre ellos los que nuestro nuevo compañero el Dr. Cavero señalaba como constitutivos de la doctrina estética. Recordemos sólo la definición de Isaac Cardoso: «es, pues, la hermosura un fulgor o esplendor que resulta de la debida proporción de partes y de la justa magnitud», en la que no es difícil filiar los elementos tomísticos y platónicos que la integran.

Ha señalado el Sr. Cavero la oposición existente entre esta posición, que pudiéramos llamar clásica o tradicionalista, y el punto de vista subjetivo personalizado concretamente en E. Kant. El viraje que llevó por estos nuevos caminos al concepto de la belleza, se había iniciado mucho antes, cuando el pensamiento cartesiano erigió a la conciencia en base de toda la filosofía, abandonando la base ontológica de una realidad que la antigua y la escolástica tenían como principio. Entonces el valor absoluto, externo y substancial de la belleza—bien se la considerase como una idea o como atributo del ser—fué sustituido con el criterio psicológico de la apreciación subjetiva del objeto, de lo que se concluía que lo más digno de estudio era la impresión agradable que la belleza producía al espectador.

Y en último término, la *Crítica del Juicio*, donde el filósofo de Königsberg se encierra para el análisis del fenómeno estético, resultó así, no una teoría de la belleza, sino sólo una psicología del gusto.

Y muy cristianamente, encontraba el Sr. Caveró el origen de la incomprensión del arte y de su vandálica destrucción en esta apreciación subjetiva de la belleza.

Reconozcamos, por nuestra parte, junto a ella, otras motivaciones adjetivas, producto del medio histórico en que los acontecimientos se producen. No olvidemos que esa destrucción en serie de obras de arte ha sido prologada en España—y yo confío sinceramente que esto habrá terminado para siempre—con un paulatino empobrecimiento de nuestro tesoro artístico, en el que no tuvieron poca responsabilidad nuestras clases directivas y oficiales.

En la emigración de obras de arte, en la transformación y deformación de otras, en la destrucción de conjuntos urbanos absolutamente irremplazables las responsabilidades son antiguas y bien graves. Junto a nosotros mismos, pudo ocurrir que nuestra ciudad fuera sucesivamente víctima de la torpeza municipal, ejemplar sólo en la contumacia, y de las bandas de incendiarios que manos aparentemente doctas habían sugestionado, ante la admiración paleta de medios burgueses, con odios satánicos y promesas de inalcanzables arcadias.

La riqueza vieja, además y con notorias excepciones, olvidó ~~su gran deber de~~ su gran deber de mercenazgo, la nueva no lo supo nunca y cuando los instintos bestiales se vieron libres de las trabas religiosas y sociales, se completó la obra sembrando nuestra patria de ruinas humeantes, aterrador balance de un proceso histórico, varias veces secular, nacido, por mueca del destino, entre perfumados petimetres y suaves maneras de gusto filosófico.

Por eso no puede parecer paradójico el que, en estos momentos en los que nuestro pueblo ofrenda su vida, en esfuerzo sin igual, por la civilización cristiana en España y para salvar aquellos valores del espíritu que parecían próximos a

eclipsarse, se considere urgente acentuar la acción defensiva de las Bellas Artes y de sus organismos protectores, como las Academias Provinciales, incorporando a su acción a los hombres cultivados que sienten preocupaciones artísticas para asegurar, así, la continuidad de su labor y la seguridad de su éxito. Felicitémonos todos de que en esta ocasión, con la elección de nuestro nuevo compañero el Dr. Cavero Tormo, hayamos acertado a hacerlo.

HE DICHO